

TRES ACOTACIONES A PROPOSITO DE LOS ORIGENES, DESARROLLO Y CRISIS DEL FASCISMO ESPAÑOL

Por ISMAEL SAZ

SUMARIO

I. UN PRECURSOR Y UN DISCÍPULO CONSECUENTE: 1. *El precursor... 2. ... y el héroe.*—II. FASCISMO DE «DERECHA», FASCISMO DE «IZQUIERDA». LA CONFUSIÓN DE UNA CRISIS: 1. *Falange nace a derecha. 2. Tras la fusión, la crisis. 3. La evolución de Primo de Rivera.*—III DOS FASCISMOS Y UN FRACASO.

I. UN PRECURSOR Y UN DISCIPULO CONSECUENTE

Tarea harto frecuente y a menudo ingrata es la de rastrear los orígenes del fascismo español. Problema que, obviamente, no se plantea para aquellos que, desde posiciones interesadas, comienzan por negar que tal cosa existiera nunca en España. No es éste el caso de quienes, desde una aceptación clara y rotunda de la existencia de un fascismo español propio y verdadero durante la década de los treinta, han debido interrogarse acerca de lo que de autóctono y de foráneo había en las diversas organizaciones fascistas hispanas; o, más exactamente, acerca de sus antecedentes y «precursores».

Existen, a nuestro juicio, dos excelentes estudios que, desde presupuestos ciertamente divergentes, vienen a constituirse en las más fructíferas de las indagaciones que hasta la fecha se han realizado. Nos referimos, evidentemente, a las obras de Jiménez Campo y Manuel Pastor (1). El primero ha sabido poner adecuadamente de manifiesto la existencia de todo un «temario

(1) JAVIER JIMÉNEZ CAMPO: *El fascismo en la crisis de la II República*, Madrid, 1979; MANUEL PASTOR: *Los orígenes del fascismo en España*, Madrid, 1975.

para el fascismo» en la «cultura política española del primer tercio del siglo». La ajustada aproximación que realiza desde esta perspectiva a Costa y el maurismo, al surgimiento de un nuevo nacionalismo español, a los elementos de populismo y tendencias corporativas existentes en la sociedad y pensamiento españoles de la época constituyen, sin lugar a dudas, una aportación de la que no es posible prescindir a la hora de reconstruir la prehistoria del fascismo español. Sorprendentemente, este autor olvida casi completamente la figura de Ernesto Giménez Caballero, un personaje cuya importancia en la introducción del fascismo en España es, como veremos, todo menos desdeñable. Tal vez por eso, Jiménez Campo haya llegado a una subvaloración de la importancia de lo exógeno en la configuración misma del fascismo español (2).

No es éste el caso, desde luego, del otro trabajo al que nos referíamos, el de Manuel Pastor. Aquí encontramos, en efecto, una de las más acertadas aproximaciones a la figura del propietario de *La Gaceta Literaria* y un brillante análisis del proceso que habría de conducirle a abrazar el fascismo. Sucede, sin embargo, que el autor parece establecer la existencia de una solución de continuidad entre la introducción de la «idea» fascista y el hecho mismo del surgimiento del fascismo en nuestro país. Una solución de continuidad que, en todo caso, contribuye a que tras la localización de un pretendido «eslabón perdido» en el Partido Nacionalista Español, del doctor Albiñana, el autor pueda interrogarse acerca de quién fue el verdadero precursor (3).

(2) «Casi estamos tentados de afirmar que, en nuestro país, el fascismo no hizo sino sintetizar una serie de direcciones ideológicas preexistentes (...) prestándoles la retórica y la simbología peculiares a las 'nuevas derechas' europeas de los años veinte y treinta» (cfr. *El fascismo en la crisis...*, op. cit., pág. 89).

(3) Cfr. M. PASTOR: *Los orígenes...*, op. cit., págs. 36 y 63. Sobre el supuesto carácter fascista del partido de Albiñana, coincidimos con la tesis de JIMÉNEZ CAMPO —op. cit., pág. 79— en el sentido de que el pensamiento de dicho grupo fue a inscribirse en los «circuitos ideológicos tradicionales del conservadurismo». Convenimos, igualmente, con SOUTHWORTH cuando señala la ausencia de imperialismo en la ideología albiñanista. Cfr. *Antifalange. Estudio crítico de «Falange en la guerra de España», de M. García Venero*, París, 1967, págs. 29-30. Vale la pena señalar al respecto que incluso en las «españolistas» polémicas mexicanas del doctor Albiñana parece estar más presente el odio al México revolucionario que la defensa de eventuales intereses españoles. No parece muy propio de un imperialismo fascista, en efecto, abogar por la acción del imperialismo americano sobre una ex colonia española. En este sentido, resulta clarificador lo que sobre el propio México escribiría GIMÉNEZ CABALLERO, éste sí, auténtico fascista: «Si México va significando algo frente a Yankilandia es porque en México no hacen caso ya de meridianos, y potencian por vía rusa o india la esencia cristiana, humana, universal de la sangre hispana de sus venas». Cfr. «En

Lo que nos proponemos demostrar aquí es que en la introducción del fascismo en España, como idea y como hecho, existe un nombre propio cuya importancia va mucho más lejos de cuanto hasta el momento se haya podido apreciar: Giménez Caballero. Dicho de otra manera: intentaremos poner de manifiesto el proceso que conduce *directamente* de Giménez Caballero a Ramiro Ledesma, de *La Gaceta Literaria* a *La Conquista del Estado*.

En esta dirección, comenzaremos por enunciar una hipótesis de difícil demostración en la brevedad de estas líneas, aunque confiamos en que al final de ellas quede lo suficientemente reforzada. Tal es que la distancia que separaba al pensamiento español de la época del pensamiento reaccionario o prefascista europeo era lo suficientemente amplia como para que sólo pudiera salvarse mediante una inyección «brutal» de los elementos de una ideología cuyos antecedentes europeos tenían una larga historia. De Costa —aun del «peor»— y Maura, o incluso de los más ambiguos escritos de Ortega, por no hablar de Unamuno, había hasta el fascismo un largo trayecto que nadie se había mostrado interesado en recorrer y que con las simples bases que aquéllos proporcionaron tal vez no se hubiese recorrido jamás (4).

Por otra parte —sirva para concluir este pequeño inciso—, cabe señalar aquí cómo la Dictadura de Primo de Rivera en lo que pudo tener de pretendida «revolución desde arriba», o la no menos pretenciosa identificación con el «cirujano de hierro», no hicieron sino, en cierta medida, bloquear el camino al nacimiento del fascismo hispano. Y esto a pesar de que —o precisamente por ello mismo— el dictador fue posiblemente el primer gran fascistizado de nuestro país y la dictadura misma la primera manifestación de la incoherencia y dificultades que la introducción del fascismo habría de arrostrar en España. Como experiencia, en lo que tuvo de desafortunado intento por copiar algunos de los aspectos de la experiencia italiana, la dictadura abrió el paso, facilitó el camino, para la sucesiva fascistización de amplios sectores de la derecha conservadora española. Pero al fascismo mismo le hizo un flaco servicio. No es casualidad, desde este punto de vista, que los primeros fascistas españoles —Giménez Caballero y Ledesma Ramos— procedieran de sectores especialmente críticos hacia la dictadura. Y que en la crítica a la dictadura empezaran a asentar sus primeros criterios.

torno al casticismo de Italia. Carta a un compañero de la joven España», en *La Gaceta Literaria*, 15 de febrero de 1929.

(4) Sobre la larga trayectoria ideológica que conduce al fascismo, véase, a título de ejemplo, el excelente trabajo de ZEEV STERNHELL: *La droite révolutionnaire, 1885-1914. Les origines français du fascisme*, París, 1978. Acerca del Ortega «político» resulta ya imprescindible el estudio de ANTONIO ELORZA: *La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset*, Barcelona, 1984.

1. *El precursor...*

En efecto, a diferencia del doctor Albiñana, para quien la Dictadura de Primo de Rivera habría solucionado los tres grandes problemas de España —el terrorismo, el separatismo y Marruecos—, Giménez Caballero estaba dispuesto a mostrarse menos condescendiente y, por supuesto, a negar que todo ello tuviera mucho que ver con el fascismo. Ya en 1928, en lo que puede considerarse su primera aproximación pública a la nueva doctrina, el director de *La Gaceta* había opuesto la España del dictador, que «descansa, engorda y se abanica», a la Italia de Mussolini, que consideraría como únicos pecados, «la quietud, la falta de ardor, el silencio, la ironía y la panza». En la primera habría una situación, por liberal, burguesa; el fascismo, por el contrario, «movimiento de nuevas valoraciones», sería auténticamente revolucionario y, por su «vejamen violento de lo burgués», claramente anti-liberal (5).

La primera característica que merece destacarse en el proceso que conduce a Giménez Caballero al fascismo es su carácter genuino, en el sentido de que la suya no es una búsqueda de nuevos métodos políticos o formas de gobierno al objeto de salvaguardar o proteger viejas instituciones, como la Monarquía y la Iglesia, o privilegios; práctica que, por el contrario, sería habitual en los fascistizados españoles. Es el suyo, por el contrario, y de ahí que pudiera aportar una síntesis fascista de elementos culturales preexistentes, un intento de dar respuesta a una problemática específicamente nacional, reiteradamente abordada por la intelectualidad española: el «problema de España» (6).

No es éste, desde luego, el lugar para proceder a una reconstrucción de las relaciones entre «Gecé» y los hombres de generaciones anteriores. Bas-

(5) Cfr. E. GIMÉNEZ CABALLERO: «Círculo imperial», Madrid, 1929, pág. 52.

(6) En este sentido cabe apuntar que las comparaciones que el propio Giménez Caballero establecía en 1929 entre Costa y Oriani, entre Rajna o D'Ovidio y Menéndez y Pidal, entre Croce o Missiroli y Ortega —o entre *La Voce* y *España*—, entre D'Annunzio o Marinetti y Gómez de la Serna, entre Pirandello y Azorín o Baroja, entre Gentile y Maeztu o Araquistáin, entre Unamuno y Malaparte, señalaban —con independencia del carácter más o menos afortunado de algunas de las comparaciones— un camino para la investigación de determinados antecedentes culturales del fascismo español (cfr. «En torno al casticismo...», *op. cit.*). Naturalmente, al margen de las coincidencias existentes entre los respectivos emparejamientos, existen también esenciales diferencias. Aquellas que, precisamente, señalan el mayor o menor grado de proximidad existente respecto del fascismo.

tará subrayar, por ahora, el hecho de que la problemática inicial que se plantea Giménez Caballero es exactamente la misma que Ortega, e incluso, en un primer momento, lo es también la respuesta. El mismo lo recordará en más de una ocasión. Especialmente cuando rememoraba que *España invertebrada* había sido para él como «un devocionario de ideas, como una intangibilidad de puntos de vista, como una especie de dogma intelectual» (7). Problemática común, pues, pero que no compromete necesariamente al maestro en la evolución del discípulo. Este último se distanciaría ya de aquél, antes aún de aproximarse al fascismo, pero ya en el camino que le llevaría a él, en dos cuestiones fundamentales: la no aceptación del planteamiento orteguiano sobre la naturaleza casi congénita de los males de España y el rechazo de la germanofilia de Ortega. Por otra parte, no es necesario insistir en lo que de unamunesco habría en la propia concepción fascista de Giménez Caballero. Algo que, en buena parte, hubo de contribuir a la aproximación de éste al fascismo antimodernista de Malaparte (8).

¿Qué fascismo era entonces el que Giménez Caballero introdujo en España? Si tomamos en consideración sus dos primeros escritos en los que la nueva doctrina venía expuesta —*Circuito imperial* y *En torno al casticismo de Italia*—, se observa cómo el punto de partida es el que hasta aquí hemos venido considerando: España y Europa, Italia y Europa. Y, en este contexto, viene dada inmediatamente una respuesta que quiere ser a la vez europeísta y antieuropeísta, nacionalista e internacionalista:

«El mejor modo de ser europeo es ponerse frente a esa tradicional Europa y dar una nota original: comunismo, fascismo. En el fondo, dos fórmulas fascinadoras de una nueva Europa, de otra Europa. Quizá, de otra cosa que Europa. Si por *Europa* la vieja se entiende lo que entendieron rusos e italianos: reformismo, criticismo, democracia, liberalismo, *laisser faire* del individuo» (9).

Rusia e Italia marcarían, en consecuencia, el camino que debía seguir España, el otro país de la periferia que habría sufrido el peso de una Europa nórdica, victoriosa en los últimos siglos y que habría impuesto, precipitándolos en la decadencia, sus propias ideas a los pueblos del Sur y del Este. Eran, como puede apreciarse, las tesis de Malaparte, bastante similares, por

(7) E. GIMÉNEZ CABALLERO: *Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional. Y del mundo*, Madrid, 1939 (1932), pág. 50.

(8) Cfr. «En torno...», *op. cit.* Sobre Curzio Suckert (Malaparte) puede verse E. GENTILE: *Le origini dell'ideologia fascista*, Bari, 1975, págs. 279 y sigs.

(9) Cfr. «Circuito imperial», *op. cit.*, págs. 17 y 18.

lo demás, a los enunciados de la ideología alemana del *volk* (10). Venía dado así el primer elemento, el esencial, en el proceso que conduciría a Giménez Caballero del nacionalismo al fascismo: el rechazo del liberalismo y de los valores culturales propios de las culturas «nórdicas». Naturalmente, para llegar ahí, se ponía el acento en lo que de «eslavófilo» habría en la Rusia bolchevique y en lo que de *strapaesismo* habría en el fascismo italiano. Que esa visión no correspondía exactamente a la realidad es de todo punto evidente y ahí radificará, en buena parte, el hecho de que nuestro autor fuera a acogerse al fascismo y no, precisamente, al comunismo.

Lo que hacía, de hecho, Giménez Caballero no era sino asumir lo esencial del fascismo para proyectarlo, como si de un elemento común se tratara, también hacia el comunismo:

«Y así se ha dado en esos dos países el admirable caso de la generación joven, que saliendo derrotista, ácrata, pacifista y desconcertada de la guerra, se rehace y construye una revolución, un higiénico entusiasmo destructor y afirmativo» (11).

Desde este punto de vista, el fascismo sería, como el bolchevismo, una vuelta de los países hacia sí mismos, hacia sus propias esencias, tradiciones, o, como diría más adelante, su «genio». A partir de ahí, podía afirmar que «todo gran movimiento nacional ha sido siempre fascista». Pero, por la misma razón, el fascismo italiano, en tanto que movimiento nacional específico de Italia, no sería exportable. España debería, en consecuencia, descubrir su propio fascismo concreto, ya que, decía, «el pueblo que no encuentra en sí su propia fórmula de fascismo es un pueblo influido, sin carácter, sin médula» (12).

Naturalmente, aunque estuviera dispuesto a conceder el carácter de fascista a todo «gran movimiento nacional», no parecía abrigar Giménez Caballero muchas dudas acerca del hecho de que la «fórmula española» habría de parecerse bastante a la italiana. Ya hemos visto cómo el nacionalismo (fascismo) de los países de la periferia debía ser antiliberal y antidemocrático, así como las comparaciones que establecía entre Unamuno y Malaparte. Por aquí iba a venir, precisamente, una de las líneas maestras en la búsqueda de la «fórmula española». ¿Cómo localizar, en efecto, las verdaderas tradiciones, lo auténticamente específico, del ser español? Evidentemente en aquellos lugares y sectores menos permeabilizados por la influencia extranjera: en el

(10) Cfr. G. L. MOSSE: *The Crisis of German Ideology*, Nueva York, 1968.

(11) Cfr. «Círculo...», *op. cit.*, pág. 18.

(12) *Ibidem*, pág. 55.

pueblo mismo. Y, efectivamente, el fascismo italiano venía presentado como un «movimiento de pueblo, de masas». Aunque para Giménez Caballero tales conceptos adquirirían una connotación muy específica:

«Si el fascismo es aristárquico por su estructura de partido y monárquico por su representación de poder ejecutivo, es, en el fondo, archidemocrático: el pueblo mismo. ¿Archidemocrático? No: popular. La palabra democracia huele a burguesía, a ciudad, a cosa mediocre. Mientras popular es lo del campo, lo de la taberna, y el mercado, y la plaza, y la fiesta. Popular no es el hombre como obrero, ni como ciudadano, ni como funcionario. Sino simplemente como hombre elemental. Como campesino. Como hombre eterno. De ahí el fervor del fascismo por la política agrícola, del agro. Y toda su propaganda que huele a trigo, a pan. A pan, a vino, a garrote» (13).

La segunda línea fundamental iba a venir dada, lógicamente, por la fijación del momento de máximo esplendor para el propio país, su momento «fascista». Que Giménez Caballero situará en el siglo xv:

«Nudo y haz, Fascio: o sea, nuestro siglo xv, sin mezclas de Austrias ni Borbones, de Alemanias, Inglaterras ni Francias; con Cortes, pero sin parlamentarismos; con libertades, pero sin liberalismos; con santas hermandades, pero sin somatenismos» (14).

Dos líneas fundamentales que serían en buena parte recogidas por el posterior fascismo español, pero que apuntan claramente en una dirección en la que la componente tradicional(ista) parece sobreponerse en forma contradictoria al pretendido carácter revolucionario, moderno, del fascismo. Lo que no implica que tal proyección de modernidad fuera abandonada. La mirada retrospectiva hacia siglos precedentes no será óbice, en efecto, para que se afirme: «... son sorprendentes las relaciones del fascismo con el clero, la religión, las costumbres y el pasado. Los aprovecha en lo que tienen de fuerza motriz. Como saltos de agua. No como estanques. De ahí que muy pocos fascistas sean católicos de corazón, ni morales, ni pacatos.» Del mismo modo, la reivindicación de lo popular-agrario, del hombre eterno y del anti-industrialismo no le impedirá hacer el elogio de la Barcelona industrial y moderna, a la que augura un papel semejante al desempeñado por Milán en Italia (15).

(13) *Ibidem*, pág. 56.

(14) Cfr. «En torno...», *op. cit.*

(15) Cfr. «Circuito...», *op. cit.*, pág. 42.

En realidad, estas contradicciones reflejan un momento en la evolución de Giménez Caballero. Cuando piensa todavía en una unidad nacional más real y profunda que la existente, hecha a partir del reconocimiento de los hechos diferenciales; cuando, siguiendo aún a Ortega, afirma que «son precisas todas las divergencias previas, todos los regionalismos preliminares, todos los separatismos —sin asustarnos de esta palabra— para poder tener un verdadero día el nodo central, un motivo de hacinamiento, de fascismo hispánico». Es el momento en que todavía identifica a la auténtica tradición española en los comuneros, a los que describe como comunistas y antieuropeos, casticistas y universalistas, en definitiva, como «nuestros primeros fascistas» (16).

En 1932 no serán ya los comuneros quienes representen el «Genio de España», sino «un César para el servicio de un Dios» (17); ni frente a la Cataluña separatista se adoptará postura tolerante alguna; ni se glosará, tampoco, la modernización industrial y técnica. No es el momento de explicar las razones de la evolución del personaje, pero acaso valga la pena recordar que Giménez Caballero, nacionalista desde 1923, era el director y propietario del órgano de expresión más importante del vanguardismo español. Y era desde aquí desde donde se había ido produciendo también su aproximación al fascismo, «en un proceso de interacción —ha señalado J. C. Mainer— tan significativo como el que unió en su día al futurismo con la ideología mussoliniana o el surrealismo francés y el comunismo». El mencionado estudioso ha sintetizado muy bien el proceso por el que la «alegre despreocupación de la vanguardia —respuesta a un estado de inadaptación en una sociedad tensional— se refugiará complacida en un programa que, de algún modo, sublima y regula la rebeldía» (18). Por nuestra parte, sólo nos queda añadir que ese mismo proceso es el que, muy probablemente, lleva a Giménez Caballero de Marinetti —su primer contacto directo con el fascismo— a Malaparte, de Milán a Roma, de la modernidad al agrarismo, de los comuneros al César. Un proceso que, por lo demás, el propio Giménez Caballero quiso ver seguido por el mismo Mussolini, quien sólo al «romanizarse» habría llegado a comprender la verdadera misión universal del fascismo (19).

En 1929 creía Giménez Caballero que el fascismo español, la «fórmula española», podía ser una síntesis propia, que como tal lo sería, a la vez, de lo que de «cristianismo» habría en el bolchevismo y de «casticismo» en el fascismo italiano; en 1932 era ya éste, en sí mismo, el que constituía la síntesis entre el «Genio de Oriente» y el «Genio de Occidente». En 1933, al

(16) «En torno...», *op. cit.*

(17) Cfr. *Genio de España...*, *op. cit.*, pág. 31.

(18) J. C. MAINER: *Falange y literatura*, Barcelona, 1971, págs. 24-26.

(19) Cfr. *Genio de España...*, *op. cit.*, págs. 135-136.

fascismo, definido ya como «una nueva catolicidad sobre Europa, sobre el mundo», se le asignaría la tarea que siglos atrás habrían desarrollado Roma y España, el catolicismo. Como tal idea y factor de universalidad («catolicidad»), la fascista sería, junto con la capitalista de Ginebra, y la «oriental, bárbara y de masas absolutas», la comunista de Moscú, una de las tres internacionales existentes en el mundo. Sólo la internacional fascista, la de Roma, podría aportar al mundo el triunfo del sentimiento de justicia, constituyendo la necesaria síntesis entre capital y trabajo, entre el materialismo y la razón pura, entre el individuo y el Estado. La vieja síntesis augurada en 1929 para la «fórmula española» estaba ya, pues, dada en la romana. ¿Qué papel había de jugar, entonces, el fascismo español? No ya definir una fórmula específica, sino ser el más perfecto ejecutor de la existente:

«Y España deberá ser otra vez en la historia, tras realizar su propia unidad interior, el brazo diestro de este ideal humano... Esa es la misión que puede otra vez asumir una España unida y fuerte. Una misión que realizará mejor que Italia y Alemania, que el fascio y que la svástica, como en otros tiempos de gloria la realizó...» (20).

Giménez Caballero era ya plenamente fascista, pero su fascismo, en lo que quería tener de españolismo y universalismo, y a la vez, y por ello mismo, de romanidad, parecía aproximarse cada vez más a una suerte de fascismo de «derecha» en la que la componente tradicional(ista) adquiriría cada vez mayor peso. Sería este Giménez Caballero el que desempeñaría una influencia notable sobre el José Antonio Primo de Rivera de los primeros momentos de la Falange. Pero antes, el de 1929 y en 1929, había ejercido una influencia mucho más importante y decisiva sobre el fundador de la primera organización fascista en España.

2. ... y el héroe

En efecto, si Giménez Caballero fue el primer fascista, Ramiro Ledesma fue el fundador del primer grupo organizado estable de dicho carácter: el de *La conquista del Estado*. Un grupo y una empresa, la de la revista, que venía a constituir, al mismo tiempo, una proyección de la anterior labor de *La Gaceta Literaria* y una fractura con la misma. En cierto sentido, la traducción política de la experiencia precedente.

(20) E. GIMÉNEZ CABALLERO: *La nueva catolicidad. Teoría general sobre el fascismo en Europa: en España*, Madrid, 1933, págs. 180-181.

Tal relación puede ejemplificarse en el papel desempeñado en cada una de esas experiencias por los dos hombres mencionados. Ambos colaboraron en las dos, pero mientras Giménez Caballero fue el responsable máximo de *La Gaceta*, Ledesma lo sería, como es ampliamente conocido, de *La conquista del Estado*. No era, naturalmente, el único factor «personal» de continuidad, y entre los nombres de los firmantes del manifiesto de *La conquista del Estado* se descubre el de algunos colaboradores habituales de la otra publicación.

Más interesante, sin embargo, que constatar la existencia de estos lazos personales de continuidad es discernir lo que de ésta, y de ruptura, había en el terreno político-ideológico. Lo que nos conduce nuevamente a la problemática inicialmente planteada: ¿De dónde venía el fascismo de Ramiro Ledesma? ¿Qué peso tuvo la influencia de Giménez Caballero en su formación como tal?

No hay ninguna duda acerca de la influencia que en la formación de Ledesma, y en su futura visión del fascismo, tuvieron determinados intelectuales o corrientes culturales españolas preexistentes. En tal sentido se ha subrayado, siempre con justicia, el influjo que sobre él pudieron ejercer Costa, Unamuno y Ortega, por citar a los más importantes y significativos, y el propio Ledesma reconocerá con frecuencia tales deudas. Cabe preguntarse, no obstante, si estas influencias pudieron conducir por sí mismas al fascismo al joven Ledesma o si, por el contrario y con todos los matices que se quiera, la síntesis que realiza del pensamiento de aquellos intelectuales y su desarrollo en sentido fascista le llega ya dada a partir, precisamente, de Giménez Caballero.

Esta última es, como hemos señalado, nuestra opinión, fundada esencialmente en la comprobación de dos órdenes de elementos. A saber: los testimonios del propio Ledesma en el período inmediatamente anterior a su «conversión» y, lógicamente, su propia evolución ideológica durante este período.

Fue Ledesma, en efecto, uno de los redactores de *La Gaceta* que prosiguió —y aun acentuó— su colaboración en ella tras la primera declaración de fe fascista de Giménez Caballero. Y fue también en el transcurso de un homenaje al director de *La Gaceta Literaria*, en el conocido incidente del *Pombo*, cuando Ramiro Ledesma se manifestó por primera vez como fascista. Cinco meses antes, en agosto de 1929, Ledesma había calificado de «heroico» y de «providencial figura» de la historia española a Giménez Caballero (21). Y, en julio de 1930, lo salvaba de la rotunda condena que hacía del vanguardismo español, presentando al «clarividente y magnífico» director de *La Ga-*

(21) Cfr. H. R. SOUTHWORTH: *Op. cit.*, pág. 65.

ceta como el único, «auténtico y superior vanguardista» (22). Recuérdese, en fin, que Ledesma reconocería como único antecedente, aunque fuera de «índole exclusivamente literaria», de *La conquista del Estado* a la campaña desarrollada por Giménez Caballero a partir de 1929 (23).

En lo que al segundo aspecto apuntado se refiere, sería absurdo, obviamente, presentar al Ledesma anterior a 1928 como absolutamente ayuno de ideas susceptibles de evolucionar en sentido fascista. Su novela *El sello de la muerte*, publicada en 1924, dedicada, por cierto, a Unamuno, es claramente nietzschiana y con una cita del pensador alemán se inicia; conocía a Heidegger y admiraba a Ortega; en sus concepciones históricas podía apreciarse con claridad la existencia de «resonancias nietzschianas y atentas lecturas de Burckhardt», de donde vendría su admiración por Maquiavelo y por las «épocas de gran estilo», tales como el mundo griego y el Renacimiento (24). Pero todas esas influencias y lecturas no conducirán a Ledesma directamente al fascismo, aunque podrán facilitar su tránsito hacia él y contribuir posteriormente a la orientación futura de su propio fascismo. Los interrogantes que sus más próximos colaboradores y biógrafos se pondrán a la hora de explicar la rapidez y radicalidad de su proceso en tal dirección constituyen la mejor demostración de ello (25).

Pues bien, creemos que la influencia más clara y determinante en ese proceso iba a ser, como hemos anunciado reiteradamente, la de Giménez Caballero. Y no sólo en cuanto a la toma de contacto con la nueva ideología, sino también en cuanto a la misma determinación del abrazar sin reservas la militancia política se refiere. Ello se podrá apreciar con toda nitidez en una rápida lectura de dos de los artículos más importantes de la etapa «prefascista» de Ledesma (26).

(22) *La Gaceta Literaria*, 1 de julio de 1930.

(23) R. LANZAS (Ramiro Ledesma): *¿Fascismo en España? (Sus orígenes, su desarrollo, sus hombres)*, Madrid, 1935, pág. 52.

(24) Véase el «Estudio preliminar» de Santiago Montero Díaz a R. LEDESMA RAMOS: *La filosofía. Disciplina imperial*, Madrid, 1983, págs. XIII-XXX; también, G. SOBEBANO: *Nietzsche en España*, Madrid, 1967, págs. 654-655.

(25) Así, por ejemplo, Santiago Montero, tras reconocer el «fuerte viraje» que conduce a Ledesma a la actividad política, señala que «en esa transición, en apariencia tan brusca, no existe nada que se parezca a la improvisación». Y añade: «Su vocación política es una profunda determinación de todo su ser. No llega por imitación, por deslumbramiento o por influencias externas a sentirse elegido para iniciar un movimiento nacional» (cfr. «Estudio preliminar», citado, pág. xxxi).

(26) Nos referimos, fundamentalmente, a «El concepto católico de la vida», en *La Gaceta Literaria*, 15 de septiembre de 1930 y 15 de octubre de 1930, y a su contestación a la encuesta de dicha revista sobre «la vanguardia», publicada el 1 de julio de 1930.

Desde agosto de 1928, el director de la más importante revista de «la vanguardia» había comenzado a distanciarse críticamente de tal movimiento, reivindicando para una determinada forma de militancia política la más auténtica y real manifestación de vanguardismo: «Hoy los solos auténticos 'vanguardistas' son esas juventudes de la milicia itálica que nada tienen que ver con la literatura» (27). Poco después localizaría al movimiento, para negarle toda validez posterior, en un momento histórico bien determinado: «El vanguardismo como escuela literaria fue un producto de la guerra y de la inmediata posguerra... Pero tales 'incendiarias' posturas han sido reemplazadas hoy por otras de un orden frío, heráclida, dominador... Como el maximalismo en Rusia fue seguido por el orden soviético y el comunismo itálico por el fascismo, así ha ocurrido en la literatura» (28). Ya en junio de 1930, en la encuesta realizada por *La Gaceta* sobre la vanguardia, la respuesta de Giménez Caballero se hacía más explícita y contundente, aunque siempre en la misma dirección. La vanguardia, decía,

«ya no existe. El momento actual es la llegada de todas las retaguardias. En España sólo queda el sector específicamente político, donde la vanguardia (audacia, juventud, subversión)... La vanguardia fue un término bélico, nacido de la gran guerra. Primero adoptó un aire subvertidor, irracional, literario (dadaísmo, futurismo, maximalismo, cubismo... Todos los ismos). Después un aire constructor, ordenador (tomismo, clasicismo, bolchevismo, fascismo, gongorismo... Todos los demás ismos).

Hoy lo literario del primer grupo fecunda el movimiento llamado *superrealista*, príncipe heredero de la vanguardia demoledora.

En política, la vanguardia del grupo segundo (el disciplinador) se injerta en el fenómeno juvenil de 'lo universitario', de 'lo estudiantil'. *Misticismo irracional*, por un lado. *Disciplina federada*, por otro. Esos dos *cabos* son el fin de 'la vanguardia' y el principio de un nuevo movimiento de 'adelantados'.

Todo lo demás, basura. *Reservismo*. Jóvenes españoles: ojo con todos los reservistas del país. ¡Alerta a todas la madurescemas emplastadas!» (29) (s. o.).

La respuesta de Ledesma a la misma encuesta iba a ser, un mes después, sensiblemente parecida, incluso en muchas de las expresiones utilizadas.

(27) Cfr. *La Gaceta Literaria*, 1 de agosto de 1928.

(28) *Ibidem*, 1 de febrero de 1929.

(29) *Ibidem*, 1 de junio de 1930.

Consideraba éste, en efecto, que el movimiento vanguardista era de una «angustiosa opacidad». De una «esencial frivolidad», no se habría interesado por la «cosa política». Carente de toda validez, no habría significado «para la vida española la llegada de una juventud bien dotada y animosa, que guerrease en todos los frentes». No habría dado a España «una sola idea nueva», ni logrado «recoger y atrapar las innovaciones europeas más prometedoras». Tras reconocer al propio Giménez Caballero el mérito de «declarar liquidada la vanguardia» y situarlo al margen de las derrotas, concluía:

«¿Y los escarceos políticos —finales— de la vanguardia? Bien poca cosa: Algún grupito quiso ser liberal y demócrata, esto es, retaguardista, y se afilió a doctrinas políticas del más viejo ochocientos. Ni siquiera se han hecho socialistas. ¡Son liberales y revolucionarios de Ateneo! Otros, quizá más avisados, parece que no quieren mezclar la política con la literatura. Son los irresponsables y los puros. ¡Dios los bendiga! Otros, catolicísimos, y no sé si monarquísimos, se dice también que ejercitan unos ademanes...

Desde luego, decimos nosotros, a todos se les escapa el secreto de la España actual, afirmadora de sí misma, nacionalista y con 'voluntad de poderío'» (30).

La condena de Ledesma era más radical y omnicomprensiva que la de Giménez Caballero, pero las razones de fondo eran idénticas. Eran las mismas apelaciones a lo nuevo e innovador, a la intervención política, a la juventud, la audacia y la subversión; el mismo rechazo frontal del liberalismo supuestamente caduco y superado. Pero lo que interesa subrayar ahora es la violenta condena que hace Ledesma del apoliticismo de los intelectuales. Algo que prefigura claramente su vocación política. Ya Giménez Caballero lo había hecho —además de en los párrafos transcritos—, con no menor violencia, unos meses atrás, al acometer contra los intelectuales, «los divorciados, los ausentes de la vida cotidiana y hundida de la nación española» (31).

Y lo había hecho, precisamente, en un contexto en el que la crítica de la «vieja» intelectualidad enlazaba con la del elitismo liberal, para defender, reivindicar, la actuación de las masas. Unas posiciones que ya había defendido, pero que se expresaban ahora, tal vez, con mayor fuerza y coherencia. Así, en diciembre de 1929 Giménez Caballero se declaraba «demoliberal»,

(30) *Ibidem*, 1 de julio de 1930.

(31) Citado en D. W. FOARD: *Ernesto Giménez Caballero (o la revolución del poeta)*, Madrid, 1975, pág. 161.

pero para exponer a continuación las limitaciones de ese liberalismo en el que fingía reconocerse: «Nos sobrecoge la violencia. Tenemos horror de la acción directa y de fuerzas sociales formadas en nuevas jerarquías. Aunque sea magnífico el fenómeno de un mundo nuevo llamado sindicalismo. O más bien la conquista del Estado por una violencia disciplinada. La conquista del Estado por el hombre masa» (32). Ramiro Ledesma no dirá más.

No se rechazaba, obviamente, la existencia de jerarquías o minorías rectoras. Sólo que la relación entre éstas y las masas debía producirse de una forma muy distinta a como se habría dado en el liberalismo. Los estudiantes —y a ellos se dirigía «Gecé»— debían alumbrar una minoría que tendría que «distinguirse de las anteriores históricas de España en única y sublime cosa: en no desdeñar a las masas, sino en enervorizarlas, entrañarse a ellas, dirigir las, fecundarlas». Y añadía: «Nada de ser más listos, ni más potentes, ni más santos que los demás. Lo fundamental no es la táctica ni el programa, sino el entusiasmo. La política del entusiasmo, del fervor, de la abnegación, del sacrificio, del heroísmo, única que ha faltado en España desde el Cid y el Quijote» (33). Era la apelación al irracionalismo, a lo poético, de la que más adelante daría abundantes muestras Primo de Rivera.

Pero era también una lúcida exposición de lo que en la relación masas-minorías separaba al liberalismo del fascismo. En ello iba a insistir, precisamente, Ramiro Ledesma en el segundo artículo al que nos referíamos; en el que, por cierto, se adoptaba una visión sobre el catolicismo no en exceso diferente de la que predicaba Giménez Caballero (34):

«El viraje decisivo que han efectuado las masas para su entrada en el mundo actual constituye quizá su primera intervención con signo y caracteres *positivos*. Hasta aquí la corriente humana de estirpe inferior ha venido consagrándose bien a *negar* —por influjo demagógico— bien a *acatar* pasivamente —por influjo de pastores— las obtenciones valiosas que hacían las minorías sobresalientes y aristocráticas. Hoy, no. Hemos entrado en un tipo de vida en el que cabe la acción positiva de la gran masa. Y véase, en la política ello supone no la exaltación de la cadaverina liberal y democrática, que

(32) *Ibidem*, pág. 154.

(33) *Ibidem*, pág. 161.

(34) Cfr. «El concepto católico...», *op. cit.* Sostenía Ledesma, en efecto, que el catolicismo no sólo había sido la religión de varias naciones prepotentes e «imperiales», sino que, además, el espíritu real de los nuevos tiempos sería «auténticamente católico, universal, que aparece no en este o en aquellos pueblos, sino en todo el orbe humano, forjando sus ilusiones y sus mitos» (subrayado en el original).

descompone pueblos y destinos, sino la franca colaboración activa, jerárquica, en las empresas de alto porte que el Estado inicie. Ahí están los magníficos ejemplos de Italia y Rusia, los dos únicos pueblos que hoy *viven* una auténtica política y un auténtico destino (todos los demás, vejez y escombros)».

Condena de la intelectualidad políticamente abstencionista y preconización de una nueva relación entre masas y minorías, eran dos elementos fundamentales que tenían que llevar a Ledesma, siguiendo y desbordando las huellas de Giménez Caballero, a la militancia fascista. Buena parte del camino estaba ya recorrido y pronto se llegaría a su concreción práctica y pública: el manifiesto de *La conquista del Estado* y la subsiguiente aparición de la revista del mismo nombre.

Poco habrá en la nueva publicación, como en las posteriores experiencias fascistas españolas, que no haya sido ya planteado por Giménez Caballero; de los dos aspectos señalados, a la reivindicación de la violencia o la de ese magnífico nuevo mundo que sería el sindicalismo; de la simultaneización de populismo agrarista y exaltación de la técnica y lo nuevo, al culto a la *juventud*; del rechazo del liberalismo al exaltado nacionalismo; del revolucionarismo a lo «Rusia e Italia» a la denuncia del comunismo como enemigo fundamental.

Tras el recorrido que acabamos de realizar por los escritos de ambos personajes en un momento crucial, no será difícil convenir en que el brusco cambio producido en la trayectoria política y existencial de Ramiro Ledesma debe bastante más a la guía de Giménez Caballero que a sus anteriores experiencias literarias y filosóficas. Lo que no implica, ni mucho menos, negar la importancia de éstas. Si las primeras demostraban la existencia de un excelente campo de cultivo, otras, como por ejemplo el contacto intelectual con Heidegger (35), le situaban en un terreno desde el que el «salto» al fascismo era, si no altamente probable, sí al menos perfectamente posible.

Giménez Caballero «llevó», pues, a Ledesma al fascismo. Pero una vez aquí fue precisamente cuando sus caminos comenzaron a diverger. Por una parte, las diferencias culturales entre ambos dejaron sentir todo su peso, determinando, por ejemplo, la escasa propensión de Ledesma por seguir a Giménez Caballero por las rutas de la «romanidad». Por otra parte, el discípulo se aprestó a llevar a la práctica aquello que el maestro estaba predicando pero que se mostraba sustancialmente incapaz de realizar.

(35) Véanse sus «Notas sobre Heidegger», ahora en R. LEDESMA RAMOS: *La filosofía...*, op. cit., págs. 15-34; así como las excelentes reflexiones al respecto de M. PASTOR: *Op. cit.*, págs. 70-73.

Al reivindicar la esencia nacional que el fascismo español había de tener —por lo que, en consecuencia, no se le designará con tal nombre—, Ledesma acertaba a deslindar con mayor claridad lo que de general había en el fascismo de lo que en él había de específicamente italiano. Pero ello no dejaba de ser una aplicación —eso sí, más consecuente— de lo que Giménez Caballero había preconizado ya en 1929. Es decir, la necesidad de hallar una «fórmula española».

Cuando Giménez Caballero abandonó *La conquista del Estado*, se le reprochó su «exclusivo sentido literario» (36). La crítica, aun cuando pudiera eludir las posibles divergencias en torno al problema de la «romanidad», era esencialmente justa. La retórica «literaria» de Giménez Caballero le convertía, sin duda, en un buen propagandista del fascismo, pero en ella existían excesivos elementos poco acordes con las necesidades de propaganda y acción política de una fuerza que se definía por su acentuada radicalidad. Por otra parte, seguía siendo, al fin y la cabo, un «intelectual», en cierto modo un representante de aquella actitud que él mismo había anatemizado y que su otrora discípulo parecía dispuesto a combatir hasta sus últimas consecuencias.

Tampoco parece que Giménez Caballero se resintiese demasiado de su salida. Más preocupado por asegurar la difusión del fascismo en España que de figurar en cualquiera de sus concreciones organizativas, el «poeta» parecía satisfecho con su labor:

«Nosotros los poetas —escribía en 1933— hemos creado la atmósfera densa y apta que el fascismo encuentra en nuestra nación... Somos nosotros los que hoy debemos vigilar y exigir el que las posibles masas fascistas de España encuentren su cauce heroico en un héroe» (37).

II. FASCISMO DE «DERECHA», FASCISMO DE «IZQUIERDA». LA CONFUSION DE UNA CRISIS

Hacia 1933 el «héroe» que tenía en la cabeza Giménez Caballero no era ya su viejo discípulo, sino el joven hijo del ex dictador, José Antonio, a quien el antiguo «Robinson» no dudaba en aconsejar que en su camino hacia el liderazgo de la nueva España no dejase de seguir la táctica de... Augusto (38).

(36) Cfr. *La conquista del Estado*, núm. 6.

(37) E. GIMÉNEZ CABALLERO: *La nueva catolicidad...*, págs. 210-211.

(38) *Ibidem*, págs. 206-210.

A lo largo del año que vio la subida de Hitler al poder, José Antonio Primo de Rivera había conseguido, en efecto, aparecer como el primer abanderado de la idea fascista en España; o, al menos, como el más prestigioso de sus posibles líderes. Y en verdad que durante dicho año no había perdido, ciertamente, el tiempo. Con una participación más destacada de la que generalmente se admite en la preparación misma de la experiencia de *El fascio*, la rentabilizó mejor que cualquier otro, merced en buena medida a su polémica con Luca de Tena (39). Entró pronto en contacto con Ruiz de Alda y Valdecasas para constituir el Movimiento Español Sindicalista-Fascio Español. Aún tuvo tiempo, a lo largo del verano-otoño de 1933, para pactar con los monárquicos alfonsinos en el famoso —aunque generalmente mal fechado— Pacto del Escorial y para viajar a Roma, donde pudo pedir consejo a Mussolini y hacer instructivas visitas al partido y organizaciones fascistas (40).

1. *Falange nace a derecha*

Cuando el nuevo partido apareció a la luz pública el 29 de octubre de 1933 —para adoptar en seguida el nombre de Falange Española—, puede decirse que lo hizo perfectamente arropado. Contaba con el apoyo, previamente concertado, de los monárquicos alfonsinos; recibió el espaldarazo de los más importantes órganos de expresión de la derecha —*Informaciones*, *La Nación*, *Epoca*...—; y entre sus más cualificados miembros había una nómina prácticamente intercambiable con la de la derecha monárquica fascitizada y antiguos «upetistas»: Tarduchi, Rada, Arredondo, Alvargonzález, marqués de la Eliseda, Sánchez Mazas, Eugenio Montes... A mayor abundamiento, el propio acto de La Comedia se había inscrito en el contexto de la campaña electoral para las elecciones de noviembre de 1933 y los dos miembros del nuevo partido que en tales elecciones resultarían elegidos lo fueron por las listas de la derecha y no por su calidad de fascistas.

Pero en ese casi perfecto arropamiento iban a radicar precisamente buena parte de las limitaciones de Falange Española. El partido nacía claramente situado a la derecha y prácticamente confundido con ella. Pero esa misma derecha había ganado «sus» elecciones, lo que le hacía automáticamente menos necesario.

Tampoco el ideario o programa tomaba demasiado las distancias respecto de otros partidos de la derecha. Se declaraba explícitamente fascista,

(39) Sobre el papel de Primo de Rivera en la génesis de *El fascio*, véase nuestro trabajo «Falange e Italia. Aspectos poco conocidos del fascismo español», en *Estudis d'Història Contemporània del País Valencià*, núm. 4, 1983, págs. 242-243.

(40) *Ibidem*, págs. 246-253.

pero además de faltar en su discurso elementos fundamentales de la retórica fascista, se hacía lo posible por presentarlo en la forma más semejante posible al de otras fuerzas de la derecha.

Así, polemizando a su regreso de Italia con unas declaraciones de Gil-Robles en las que se calificaba al fascismo de «moda extranjera», Primo de Rivera empezaba por lamentarse de que en unos momentos de «unión sagrada» para la lucha contra «marxistas y masones», el líder de la CEDA criticase a los fascistas, «gentes llenas de amor a la patria y a sus tradiciones». Gil-Robles había opuesto al fascismo la tradición católica. Pues bien, decía Primo de Rivera, ¿qué cosa más católica y más tradicionalista que el fascismo mismo? El fascismo, escribía, en lo que tenía de universal, era una «revitalización de los pueblos todos», una «actitud de excavación enérgica en sus propias entrañas». Del mismo modo, pues, que «con espíritu fascista los italianos han encontrado Italia», los españoles habrían de encontrar a España. El fascismo, además, a diferencia del hitlerismo, sería esencialmente católico:

«Nadie puede con razón confundir el movimiento alemán 'racista' (y, por tanto, 'antiuniversal') con el movimiento mussoliniano, que es, como Roma —como la Roma imperial y como la Roma pontificia—, universal por esencia; es decir, 'católico'.»

Tras esta argumentación, en la que la influencia de Giménez Caballero es más que evidente, José Antonio hacía una exposición de lo que era el fascismo, tal que no se diferenciaría en nada del pensamiento de... Gil-Robles:

«Porque es fascismo, llámesele como se quiera, la decisión de no seguir creyendo en la aptitud de las formas liberales para el descubrimiento de las venas genuinas. Ante un Estado liberal, mero espectador policíaco, la nación se escinde en pugnas de partidos y guerra de clases. Sólo se logra la unidad fuerte y emprendedora si se pone fin a todas esas luchas con mano enérgica al servicio de un alto pensamiento y un entrañable amor. Pero esa manera fuerte y amorosa de pilotar a los pueblos se llama hoy, en todas partes, 'fascismo'. Así, pues, cuando el señor Gil-Robles, en contradicción consigo propio, dice que la democracia habrá de someterse o morir, que una fuerte disciplina social regirá para todos y otras bellas verdades, proclama principios 'fascistas'. Podrá rechazar el nombre; pero el nombre no hace a la cosa» (41).

(41) «Al volver. ¿Moda extranjera el fascismo?», en *La Nación*, 23 de octubre de 1933.

Curiosa forma de buscar un espacio político ésta de presentarse identificado con el principal partido de la derecha. Y si alguna necesidad tenía Falange Española ella no podía ser otra que la de presentarse como fuerza independiente y diferente de las formaciones ya existentes. Una necesidad que vendría acrecentada por el hecho, que venimos señalando, de que la forma en que había salido a la luz contribuía, precisamente, a velar ese carácter diferenciado y autónomo. Más aún si se considera que la inmediata victoria de la derecha podía paralizar el proceso de radicalización de algunos sectores que pudieran sentirse atraídos por una alternativa inequívocamente fascista. Y no solamente potenciales simpatizantes del fascismo. El propio embajador italiano, que acababa de organizar la visita a Roma de Primo de Rivera, se preguntaba inmediatamente después de las elecciones si el llamado a encabezar una alternativa de este tipo no sería el prestigioso exiliado de París, Calvo Sotelo (42).

Fuera o no consciente de tal problemática, Primo de Rivera iba a encontrar una vía de solución en el proceso que conduciría a la fusión con las JONS. Si el triunfo de las derechas había venido en cierto modo a coartar las posibilidades de expansión de Falange, otro tanto había sucedido con la organización de Ledesma, notablemente afectada ya por la simple aparición del nuevo partido. Ambas organizaciones tenían problemas de desarrollo y financiación, perseguían fines similares y se disputaban el mismo espacio político. La unificación parecía, en consecuencia, una necesidad casi insoslayable. Con la fusión el grupo de Ledesma y Redondo ganaba en proyección pública y capacidad de incidencia, además de una posible solución a sus endémicos problemas de financiación. Falange, por su parte, además de beneficiarse de la infraestructura, cuadros y experiencia que ya poseían las JONS, adoptaría su simbología y signos externos, así como, progresivamente, buena parte del temario ideológico desarrollado por la otra organización (43).

Todo ello no sirvió, sin embargo, para que FE de las JONS consiguiese progresos sustanciales. Atrapada entre la necesidad de ganarse las simpatías de los campesinos y la de obtener fondos de los terratenientes, sus activida-

(42) Cfr. I. SAZ: *Falange e...*, op. cit., págs. 254-255.

(43) Cfr. SHEELAGH ELLWOOD: *Prietas las filas. Historia de la Falange española, 1933-1983*, Barcelona, 1984, págs. 42-44. Sobre la distinta forma en la que los dirigentes de las dos organizaciones enfrentaron la unificación pueden verse, para un enfoque favorable a Primo de Rivera, FRANCISCO BRAVO: *Historia de la Falange Española de las JONS*, Madrid, 1940, págs. 13-24; F. XIMÉNEZ DE SANDOVAL: *José Antonio (Biografía apasionada)*, Madrid, 1980, págs. 150 y sigs.; LEDESMA explicó su propia posición en *¿Fascismo en...*, op. cit., págs. 145-157. Véase también J. M.^a SÁNCHEZ DIANA: *Ramiro Ledesma Ramos. Biografía política*, Madrid, 1982, págs. 181 y sigs.

des de organización no eran especialmente brillantes; Ledesma y Primo de Rivera discutían acerca de la necesidad de prestar mayor atención a la capital y grandes ciudades, como sostenía el primero, o a las zonas agrarias, como defendía el segundo; la utilización de la violencia era, en ocasiones, «insuficiente» y, en otras, desmedida y contraproducente; los sindicatos fascistas de Sotomayor tocaron rápidamente techo entre la indiferencia general y la hostilidad de las organizaciones obreras (44).

2. *Tras la fusión, la crisis*

Nada de particular, pues, que en estas condiciones las contradicciones internas en el seno de Falange se agudizasen. Apenas concluido su primer Consejo Nacional y pasada la efervescencia de octubre, el partido iba a verse sometido a una situación límite: en el breve espacio de dos meses fue abandonado por buena parte de sus más destacados dirigentes, tales como Eliseda y Ansaldo, Ledesma y Sotomayor.

Pues bien, de este proceso se ha dado siempre una explicación de una lógica aplastante y, por tanto, en apariencia, absolutamente satisfactoria. Dicha en forma lapidaria, ésta sería la siguiente: *la derecha se fue por la derecha y la izquierda por la izquierda*. Sin embargo, la documentación italiana existente al respecto y una más atenta lectura de las fuentes básicas nos demostrará que tal explicación, más que insuficiente, es, en lo fundamental, errónea. Veamos por qué.

A la altura de septiembre de 1934, la existencia de un progresivo «giro a la izquierda» de la organización fascista era ya claramente apreciable. Al menos para el encargado de negocios italiano en Madrid, ante el que habría sido explicado, ilustrado y defendido nada menos que por el marqués de Eliseda:

«Me ha expresado su sentimiento por la ceguera e incompreensión de los monárquicos y me ha expuesto las ideas más optimistas ante la lucha política que, casi con seguridad, se desarrollará en el otoño próximo. Según el marqués de Eliseda, el alejamiento de los nobles y la orientación popular de Falange Española había coincidido con un notable aumento de las inscripciones; las provincias se encontrarían preparadas para los próximos acontecimientos y las

(44) Cfr. S. ELLWOOD: *Prietas...*, págs. 46-47; I. SAZ: *Falange e...*, op. cit., páginas 256-257.

escuadras armadas de acción contarían con unos 6.000 organizados, aunque existiría, por otra parte, una grave ausencia de fondos» (45).

La situación no era, no obstante, tan dramática como parece desprenderse de la conversación. No tanto, al menos, como para impedir que Primo de Rivera y Goicoechea firmaran el pacto del 20 de agosto de 1934, por el que unos contribuían a la financiación de Falange y los otros se comprometían a no cuestionar la restauración de la monarquía. Dos meses más tarde, sin embargo, las subvenciones se suspendieron (46) y el propio Eliseda abandonaba el partido.

Desde luego, parece poco creíble que la enérgica defensa realizada por el marqués de Eliseda del giro a la izquierda de Falange fuera abandonado por el supuesto carácter no católico del famoso «punto 25». Sobre todo porque tal punto era, en lo sustancial, idéntico al aprobado un año atrás en los «puntos iniciales», sin que entonces planteara problema alguno de conciencia al referido marqués (47). Descartado el problema del «izquierdismo» y el de la supuesta falta de catolicidad, ¿dónde radicaba el problema que había de llevar a Eliseda fuera de la organización? En nuestra opinión, en un solo y exclusivo punto: en la negativa de José Antonio a incorporarse al «Bloque Nacional». El 28 de noviembre, en efecto, Primo de Rivera publicaba en *ABC* una nota encabezada con el siguiente titular: «Falange Española no se fundirá con ningún otro partido». Dos días más tarde, la prensa publicaba la nota en la que el marqués de Eliseda anunciaba su salida del partido (48).

La segunda cuestión de importancia se refiere a la actitud de Alvarez de Sotomayor e, indirectamente, a la de Ramiro Ledesma. El primero había mostrado ya, con anterioridad al 29 de noviembre, su voluntad de incorporarse al «Bloque Nacional» de Calvo Sotelo. Y, efectivamente, fue uno de los firmantes del manifiesto de aquél, que, como se sabe, no pudo hacerse públi-

(45) Citado en I. SAZ: *Falange e...*, op. cit., pág. 267.

(46) Según Gil-Robles, el acuerdo fue mantenido por Falange, mientras que Renovación hubo de suspender su ayuda hacia finales de año por dificultades financieras (cfr. *No fue posible la paz*, Barcelona, 1978, pág. 443n). Como se verá, la tesis que sustentamos es que la ayuda cesó por motivos políticos y no económicos.

(47) Véanse tales «Puntos iniciales» en J. A. PRIMO DE RIVERA: *Textos de doctrina política*, Madrid, 1971, págs. 85-93.

(48) Para la comunicación de Primo de Rivera, véase I. GIBSON: *En busca de José Antonio*, Barcelona, 1980, págs. 109-110; la del marqués de Eliseda en F. XIMÉNEZ DE SANDOVAL: *Op. cit.*, pág. 243.

co el 8 de diciembre por prohibirlo la censura (49). Llegamos así a la paradójica conclusión de que la razón concreta de la salida de FE de las JONS de Sotomayor —la «izquierda»— y Eliseda —la «derecha»— fue prácticamente la misma, aunque no lo fueran, necesariamente, las razones de fondo. Es posible, en efecto, que más que un acuerdo político total con la iniciativa del «Bloque», la actitud del antiguo miembro de la CNT viniera determinada por la convicción de que la colaboración en aquella iniciativa era un precio político que bien valía la pena pagar a cambio del mantenimiento de una ayuda económica vital para el sostén de «sus» sindicatos.

Que ésta era la verdadera razón lo demuestra indirectamente el testimonio de Ledesma cuando, rememorando el inicio del intento de desplazar a Primo, señalaba:

«La casualidad quiso que a la salida de la Junta tomen el mismo rumbo tres de sus miembros: Ledesma, Onésimo Redondo y Sotomayor. Con este último iba, además, uno de los dirigentes sindicales, Mateo, antiguo comunista... Todos coincidieron en que si no se hacía algo con rapidez para evitar la descomposición total del movimiento, ésta era inevitable. Sotomayor y Mateo informaron acerca de la situación lamentable de los sindicatos, que en los últimos cuatro meses, en vez de acrecentar la captación de los trabajadores, se habían desnutrido, hasta el punto de que de los 15.000 obreros inscritos en septiembre no quedaban ni 2.000. Afirmaron, asimismo, que los motivos de la enclenquez sindical eran de origen político, procedían de la palidez política del Partido. *Y dijeron más, y es que ellos dos venían ya desde hace algunos días estudiando el medio de alzar la independencia de los sindicatos, a cuyo efecto habían gestionado algunos medios económicos*» (50) (La cursiva es nuestra).

Desde esta perspectiva, la actitud del propio Ledesma puede ser analizada de un modo distinto al habitual. Es decir, aquel que permitiría apreciar su radicalidad formal como algo no refinado con la posibilidad de mantener relaciones privilegiadas con la derecha, con tal, naturalmente, de que ésta le proporcionase recursos económicos. Su poco clara actitud, en mayo de 1934, a propósito del ingreso de Calvo Sotelo en Falange (51) y su confesada in-

(49) El manifiesto-programa del Bloque Nacional y la lista de sus principales firmantes en J. ARRARÁS: *Historia de la II República*, Madrid, 1970, III, pág. 58.

(50) Cfr. *¿Fascismo en...*, op. cit., págs. 218-219.

(51) Nótese, en efecto, la radical ambigüedad con que Ledesma explicaba la diversa actitud de Ruiz de Alda y Primo de Rivera a propósito de la adhesión de Calvo Sotelo: «Primo, que se iba radicalizando, tenía, sin duda, razón. Ruiz de Alda se in-

tención en los meses siguientes de mediar en el conflicto entre Ansaldo y Primo de Rivera con el propósito de salvar la permanencia del primero en la organización y desplazar al segundo de su situación preeminente apuntan claramente en dicha dirección (52).

El mismo pacto suscrito el 20 de agosto de 1934 entre José Antonio y Goicoechea cobra, a la luz de lo expuesto, una nueva significación. Se establecían en él, como se recordará, tras la reafirmación de los «diez puntos de El Escorial» y el compromiso por parte de FE de las JONS de no obstaculizar una posible restauración de la Monarquía ni atacar a Renovación Española, una serie de cláusulas referentes a la ayuda económica del partido monárquico y el destino que a tales fondos debería darse. Que en ellas se estableciese que un porcentaje de tal ayuda, a partir de una determinada cantidad, debiera destinarse a las milicias y otra a los sindicatos, junto con el establecimiento de una serie de mecanismos que permitían a Renovación el control sobre el fiel cumplimiento de tales cláusulas, admite varias lecturas aparentemente distintas pero que responderían a una misma problemática de fondo (53).

clínaba más bien a la admisión, guiado por la proximidad de la revolución socialista y la necesidad en que se encontraba el Partido, si quería intervenir en ella con éxito, de vigorizarse y aumentar, como fuese, sus efectivos reales. *No carecía de solidez esa actitud de Ruiz de Alda; pero Primo se mantuvo firme*» (*¿Fascismo en...?*, op. cit., página 167; subrayados nuestros). Como ha hecho notar justamente Ricardo de la Cierba, a «Lanzas» se le olvida en esta ocasión explicar cuál fue la actitud de Ledesma (cfr. *Historia de la guerra civil española. I. Perspectivas y antecedentes*, Madrid, 1969, pág. 561).

(52) Cfr. R. LANZAS: *Op. cit.*, págs. 185-189. Parece ser que Ruiz de Alda, que según Ledesma «vaciló ante ciertas proposiciones suyas», no fue del todo ajeno a las conversaciones que se produjeron al objeto de desplazar a Primo, aunque finalmente se inclinara por este último. De cuáles pudieron ser tales proposiciones no sabemos sino lo que Ledesma dice en las páginas referidas. Pero, por un informe de Cesare A. Gullino —*fiduziario* para España de los CAUR—, fechado en julio de 1934, pueden intuirse algunos de los puntos fundamentales de la solución de Ledesma. En tal escrito, en efecto, se afirma que, en el curso de una previsible escisión, Primo de Rivera, junto con Eliseda, serían seguidos por un 25 por 100 de los afiliados, mientras que «el movimiento típicamente español, Jonsista..., quedaría confiado a Julio Ruiz de Alda, Ramiro Ledesma y Juan Antonio Ansaldo» (cfr. «Relazione n.º 2. Organizzazione 'FE de las JONS'», julio de 1934, *Archivio Centrale dello Stato*, Ministero della Cultura Popolare, b. 423).

(53) Como se recordará, la cláusula 4.ª del acuerdo establecía que hasta 10.000 pesetas de la ayuda percibida podían ser libremente utilizadas por FE de las JONS; pero, a partir de tal cantidad, el 45 por 100 debería destinarse a los «gastos de organización de las milicias» y otro 45 por 100 a los de la «organización sindical obrera anti-marxista». En la 5.ª se establecía que Goicoechea podía designar «un elemento técnico», con

Podría ser una de ellas que la ayuda económica de Renovación Española viniera ahora condicionada a que Primo de Rivera diera satisfacción a las dos alas de su partido —a tal fin, posiblemente coordinadas—; otra, que Primo de Rivera intentara anticiparse, mediante la firma del pacto, a las iniciativas existentes en ese sentido en su propio partido, evitando de este modo que pudieran resolverse al margen de él o en su contra; no debe descartarse, finalmente, que el acuerdo firmado tuviera una doble significación: de pacto entre las dos organizaciones y de compromiso entre las diversas tendencias existentes en el seno de la organización fascista (54).

En lo que respecta a Ledesma, las actitudes anotadas y otras posteriores, no la menos importante entre ellas el hecho de que conspirase con Sotomayor —firmante, recordemos, del manifiesto del «Bloque Nacional»—, constituyen una ulterior confirmación de lo expuesto. Como lo constituirá, también, la no despreciable «anécdota» de que en los meses sucesivos pudiera seguir beneficiándose de la ayuda económica de algunos sectores monárquicos y de financieros vascos (55).

el «fin concreto y fijo de comprobar el incremento que Falange Española de las JONS pueda alcanzar merced a estas ayudas». Tal elemento, que debía actuar en contacto permanente con el mando de Falange, «principalmente en su aspecto militar y de choque», no debe confundirse con el «agente de enlace» del que se habla en la cláusula 7.ª El papel del último, que desempeñaría Pedro Sainz Rodríguez, era fundamentalmente político, mientras que el del anterior era más técnico y militar. Véase el texto del acuerdo en L. GIBSON: *Op. cit.*, págs. 103-105.

(54) Véanse las dos notas anteriores. Como se habrá observado, las mencionadas cláusulas del «control» establecidas en el acuerdo parecían denotar una falta de confianza por parte de los alfonsinos en el destino que pudiera darse a los fondos. Tal voluntad de fiscalización venía a incidir, curiosamente, en uno de los motivos básicos de enfrentamiento en el seno de Falange. Por otra parte, la proximidad en el tiempo entre la crisis de julio —recuérdese la información de Gullino— y el pacto del mes siguiente parece indicar también la existencia de una relación entre ambos hechos.

(55) Tras su ruptura con Primo de Rivera, Ledesma fue a Bilbao a informar de lo ocurrido a Areilza, a quien puso al corriente de sus intenciones de sacar un nuevo semanario, *La Patria Libre*, y de publicar dos libros; lo que, teniendo en cuenta la anterior financiación a Ledesma de los «amigos bilbaínos» de Areilza, resulta bastante significativo (cfr. J. M.ª AREILZA: *Así los he visto*, Barcelona, 1974, pág. 94). Sainz Rodríguez, por otra parte, tras afirmar que leyó «en pruebas» el *Discurso a las juventudes de España*, señala que «de vez en cuando Ledesma recibía alguna ayuda para su organización, le regalamos una motocicleta para sus desplazamientos propagandísticos» (P. SAINZ RODRÍGUEZ: *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, 1978, pág. 220). Ricardo de la Cierva ha llamado también la atención sobre el hecho significativo de que en el número 2 de *La Patria Libre* se hicieran grandes elogios de Gil-Robles y Goicoechea (*op. cit.*, págs. 563-564). Primo de Rivera fue posiblemente el primero en acusar a Ledesma de estar financiado por «millonarios archiconservadores», en su duro artículo polémico «Arte de identificar revolucionarios», en *Textos...*, *op. cit.*, págs. 441-442.

Pero si éstas pudieron ser las razones últimas de la actitud de sus rivales, ¿cómo explicar la firmeza de Primo de Rivera manteniendo unas posiciones que terminarían por privar a su organización de los más destacados jefes de las milicias, del principal organizador de los sindicatos y del propio Ledesma, hombre, como se sabe, con un nada despreciable prestigio entre un sector de las bases del partido?

3. *La evolución de Primo de Rivera*

En nuestra opinión, dos procesos simultáneos y entrelazados explican la evolución de Primo de Rivera durante el período comprendido entre octubre de 1933 y diciembre de 1934. El primero se refiere a la progresiva toma de conciencia de que la alternativa fascista, para tener alguna virtualidad de éxito, debía presentarse con unos contornos definidos y propios que la diferenciaran claramente de las otras fuerzas de la derecha. El segundo concierne al proceso de radicalización, real, de Primo de Rivera. Es decir, a aquel que daría un contenido efectivo y plenamente asumido a la aludida necesidad política de diferenciación. Ambos procesos pueden seguirse con facilidad en los distintos escritos y discursos públicos del hijo del dictador. Del primero, sobre el que no es necesario extenderse en demasía, bastará recordar sus crecientes críticas a las fuerzas de la derecha, acusadas frecuentemente de caducas, conservadoras y «egoístas», así como su afán de presentar los rasgos fascistas de la propaganda o actuación de dichas fuerzas como una mano de pintura superficial que no afectaba al contenido real de sus discursos (56). La evidente continuidad existente entre la oposición de Primo al ingreso de Calvo Sotelo en FE de las JONS y la posterior a la incorporación de Falange al «Bloque Nacional» constituirían la más neta plasmación práctica de lo expuesto.

Eran, como decíamos anteriormente, respuestas a las exigencias de diferenciación de una organización fascista que, con una peculiar «marca» de nacimiento, aspirara a conquistar un espacio político propio. Pero era también la consecuencia directa de la evolución real del pensamiento de Primo de Rivera. No hay más que seguir *cronológicamente* su trayectoria para apreciarlo claramente. Antes ya de su fusión con las JONS, puede advertirse una cierta acentuación de los matices anticapitalistas, junto con una aún muy relativa pérdida de los tonos paternalistas al referirse a los trabajadores. Así, por ejemplo, en Cáceres, el 4 de febrero de 1934, los objetivos de Fa-

(56) Cfr. *Textos...*, op. cit., págs. 437-438.

lange venían enunciados ya de un modo fascista «clásico». La Falange Española, decía, quiere dos cosas: «Primero, una justicia social que no se nos conceda como regateo; una justicia social que alcance a todos..., y, en segundo lugar, queremos tener una nación, puesto que hoy no la tenemos. Y una de dos: o imperamos a languidecemos...» (57).

Será, sin duda, con la fusión cuando estos todavía tímidos matices respecto de posiciones anteriores se incorporen plenamente a su discurso. El propio Primo de Rivera así lo reconocerá en el artículo en que se daba cuenta de la fusión con la organización de Ledesma: «El movimiento de las JONS había, sobre todo, insistido en una cierta crudeza de afirmaciones sindicales, que en nosotros habían quizá retardado su virtud operante y expresiva, aunque estuviesen bien dibujadas en nuestras entrañas» (58). Y ciertamente, como reiteradamente se ha puesto de manifiesto, la mencionada fusión iba a imprimir un giro esencial en el pensamiento y actitud de Primo de Rivera. Toda la temática «sindicalista», el rechazo del capitalismo, empobrecedor de las masas y «usurero», la necesidad de cambios revolucionarios, el reconocimiento de la llegada del proletariado a la vida pública y su necesaria participación en el poder (59) serán en lo sucesivo elementos esenciales en el discurso de Primo de Rivera.

Hay, junto a todo ello, un aspecto nuevo que creemos debe subrayarse. Y es la adopción de los contenidos laicos y modernizantes presentes en el fascismo. Algo que vendrá claramente puesto de manifiesto en relación a la proclamación de la República misma, presentada como la gran ocasión perdida para la realización de la revolución nacional. Así, en junio de 1934, comparando dos fechas históricas, el 13 de septiembre de 1923 y el 14 de abril, Primo de Rivera quería ver en ambas un punto de arranque frustrado de dicha revolución. En ambas fechas se habría producido la misma «alegría popular», la misma ilusión de ruptura con un orden social y político viejo y caduco que haría que España llevara «... una vida chata, una vida pobre, una vida triste, oprimida entre dos losas que todavía no ha conseguido romper: por arriba, la falta de todo interés histórico; por abajo, la falta de toda justicia social».

Su discurso quería enlazar así con la «música» de la revolución del 14 de abril —la que le habría puesto la «Agrupación al Servicio de la República»—, a la que iba a dar un contenido y posibilidades muy próximos a los que le diera Ortega. La revolución del 14 de abril habría llegado, en efecto, por

(57) *Ibidem*, págs. 151-154.

(58) *Ibidem*, págs. 171-173.

(59) *Ibidem*, pág. 161.

la sana vía del patriotismo crítico, y, «en cuanto al fondo social», habría traído su «aportación más profunda e interesante»: «La incorporación de los socialistas a una obra de gobierno no exclusivamente proletaria... Los socialistas, por una vez, interrumpían su rumbo de movimiento exclusivamente proletario y se matriculaban en un movimiento que tenía todo un aire nacional» (60). Apreciaciones de este tipo, que no podían resultar, ciertamente, gratas a oídos monárquicos, constituirían en lo sucesivo un eje básico de la actitud y programas del fascismo español.

En todo ello era evidente la recepción del pensamiento de Ortega. Pero, a la vez, tomado en su conjunto, el discurso era ya netamente fascista: la necesaria revolución había de ser, a la vez, nacional y social; se rechazaba el capitalismo —que no la propiedad privada— y del comunismo se admitía su fondo «solidario», para rechazar sus contenidos «antipatrióticos» y «materialistas». La reforma agraria, de contenidos claramente regeneracionistas, pero no sin una punta revolucionaria, «moderna», pasaría a constituir, también, pieza básica del discurso falangista. La Monarquía, finalmente, estaba camino de ser declarada «gloriosamente fenecida» (61).

La asunción de una problemática plenamente fascista, lejana ya de aquellos tonos derechistas que caracterizaron los primeros momentos de la actuación política de Falange, no suponía, obviamente, que esta organización se «abriese» efectivamente a la izquierda. Además de asumir el conjunto de aspectos de la ideología fascista que la alejaban de toda concepción política progresista —elitismo, agrarismo, irracionalismo...—, su hostilidad era implacable no ya sólo hacia el comunismo o el socialismo, sino hacia las mismas formaciones republicanas. Las últimas eran condenadas por burguesas y, por tanto, por no revolucionarias cuando parecían oponerse al socialismo revolucionario, pero serían consideradas antinacionales si se aproximaban a aquél; los socialistas, si revolucionarios, eran «masas rencorosas», si reformistas, como Prieto, defensores de la burguesía y el capitalismo y, por tanto, anti-revolucionarios. Un triunfo de los socialistas era equiparado a una «invasión extranjera», lo que por encima de cualquier supuesto rechazo de la violencia bien valía el recurso a todas las violencias (62).

Enemigo por definición de todas las fuerzas progresistas y revolucionarias, el fascismo español y su jefe tenían en común con todos los partidos derechistas su temor a la revolución; se diferenciaban de ellos por auspiciar, como única posibilidad para frenarla, su propia revolución. Pero lo que les

(60) *Ibidem*, págs. 239 y sigs.

(61) *Ibidem*, págs. 557 y sigs.

(62) *Ibidem*, págs. 585-587, 706-708, 311, 852-853, 299.

diferenciaba de otras fuerzas derechistas no era únicamente esto o su incidencia en el carácter nacional y social de la revolución que preconizaban. La diferencia radical y fundamental estribaba en la forma de Estado que habría de sustituir al denostado Estado liberal. Ello es claramente apreciable en algunas de las *aparentes* críticas de Primo de Rivera al «totalitarismo» y al «corporativismo». Críticas que, en realidad, lejos de ir dirigidas contra tales conceptos, lo iban contra la utilización que de los mismos hacían las fuerzas derechistas. Así, reprochará a pretendidos defensores del totalitarismo que enarboles esta bandera sin asumir la necesidad de la existencia de un dictador genial, como Mussolini. O, a «otros bloques de esos» que hacían profesión de corporativismo, espetaba que éste sólo tenía sentido como «una pieza adjunta de una perfecta maquinaria política», como en Italia (63).

Creemos, en definitiva, que este doble proceso de Primo de Rivera aquí reconstruido —necesidad de diferenciación respecto de las otras fuerzas de la derecha y progresiva y plena asunción de los elementos diferenciales del fascismo— explica suficientemente la negativa de aquél a una nueva disolución de los contornos de su organización en otra de carácter suprapartidista e inequívoco signo derechista, cual era el «Bloque Nacional».

III. DOS FASCISMOS Y UN FRACASO

A partir de lo expuesto, será más fácil identificar las razones de fondo de las divergencias entre Primo de Rivera y Ledesma. Diferencias que no estriban en el mayor o menor «izquierdismo» o «derechismo» de uno de ellos, pues, como se ha visto, es difícil trazar una línea divisoria en base a esos criterios. Sí podría afirmarse, en cambio, que de algún modo ambos dirigentes fascistas portaron siempre con ellos el «sello» de la forma en que se produjo su respectiva conversión al fascismo.

Ledesma, desde presupuestos radicales, descubriría en el fascismo unos valores igualmente radicales, con ese antiburguesismo «anómico» del que ha hablado Jiménez Campo (64). Era la suya, desde este punto de vista, una revuelta contra los valores «caducos», contra la presunta decrepitud de las generaciones que los encarnaban y contra los supuestos racionales, «intelectuales», que estarían en su base. El fascismo de Ledesma sería, en consecuencia, violentamente antiliberal, con una defensa no menos vehemente de lo «nuevo», de la juventud y del irracionalismo. Su antisocialismo y anti-

(63) *Ibidem*, págs. 424-425.

(64) Cfr. J. JIMÉNEZ CAMPO: *El fascismo en...*, op. cit., pág. 126.

comunismo —que respondían, en el fondo, a motivaciones conservadoras— asumía también tonos de «rivalidad revolucionaria»; es decir, defendiendo frente a una revolución «materialista» y «antipatriótica» otra «nacional» e idealista. Hasta aquí, Ledesma habría sido más o menos «llevado» por su maestro Giménez Caballero; a partir de aquí, seguiría profundizando en dicha dirección en busca de su plasmación real. Ya no seguiría a «Gecé» en lo que, en cierto modo, podría considerarse una «involución». Este último, en efecto, «capturado» por Roma, abandonaría progresivamente sus esfuerzos por profundizar en la búsqueda de un fascismo hispano, propio, y asumirá plenamente, sin sombra de crítica, como modelo y guía indiscutible el fascismo mussoliniano.

Primo de Rivera, por su parte, llegaba al fascismo por la vía de la fascistización desde una perspectiva de derecha conservadora (65). Su camino, mucho más largo que el de Ledesma, fue, en cierto modo, inverso al de Giménez Caballero. No sería casual, por ello, que ambos se encontraran a lo largo de 1933, período en el que el influjo del último sobre el hijo del dictador es más que evidente. Pero el fundador de Falange prosiguió su evolución hasta convertirse —como el propio Ledesma reconocería (66)— en un auténtico fascista. Pero no por ello perdió su «marca de origen», como se aprecia claramente en algunas de sus diferencias con Ledesma: la sistemática apelación a la razón, la búsqueda de la elegancia en pretendida oposición a la demagogia, el menosprecio sistemático de las masas y el rechazo casi visceral de la revolución en lo que tenía de ruptura del orden (67).

No quiere decirse, entiéndase bien, que las diferencias entre ambos fueran, en los puntos mencionados, abismales. El irracionalismo de Primo de Rivera no era muy inferior al de Ledesma. Sus apelaciones a lo «poético» escondían una sublimación del irracionalismo (68) y otro tanto puede decirse

(65) Recuérdese su pertenencia en 1930 a la Unión Monárquica Nacional. El mismo 14 de abril de 1931 le veía reunido, en lo que parecía «un velatorio de la Monarquía», con personajes tan significativos como el marqués de Quintanar, Maeztu, Yanguas, Vegas Latapie y el conde de Guadalhorce, entre otros (cfr. E. VEGAS LATAPIE: *Memorias políticas. El suicidio de la Monarquía y la II República*, Barcelona, 1983, pág. 106).

(66) Cfr. *¿Fascismo en...*, op. cit., págs. 223-226.

(67) Cfr. *Textos...*, op. cit., págs. 105, 117, 266, 423 y 915.

(68) Al recurrir a la «poética de la revolución», Primo no hacía sino seguir un camino ya trazado por un D'Annunzio, un Mussolini o un Brasillach. Como ha señalado Mosse, «la política de la belleza se basa no sólo en la liturgia, sino también en la asunción como algo propio por parte de todos los fascismos de la necesidad de vitalismo, de *élan*, que hacia finales del ochocientos encontramos en Bergson, en Nietzsche y en tantos otros» (cfr. G. L. MOSSE: *Entrevista sul nazismo*, Bari, 1977, pág. 126).

de su naturalismo, definido siempre en oposición al «naturalismo» de «nefastas» consecuencias revolucionarias del abominado Rousseau (69). Tampoco la demagogia estaba ausente del discurso joseantoniano y de ella se pueden encontrar en sus discursos abundantes muestras. La diferencia radicaba en que, a pesar de todo ello, Primo de Rivera gustaba de presentarse como defensor de la razón y la elegancia intelectual. En cualquier caso, no eran sólo diferencias de matiz. Sin llegar a afectar al fondo de la ideología, podían condicionar seriamente la eficacia del producto.

Consecuencia en buena parte de lo anterior sería la forma respectiva de situarse ante la problemática de la «revolución». No, evidentemente, ante la socialista, frente a la que la posición de ambos era prácticamente idéntica, sino ante la «revolución pendiente». Era la de Primo de Rivera, en efecto, una revolución que debería resolverse sin grandes convulsiones y a la mayor brevedad en un orden «clásico», una sociedad perfectamente jerarquizada con un «César» en la cúpula (70). Una revolución, en definitiva, muy diferente de aquella con cierto sabor de revuelta imaginada por Ledesma. No sería de extrañar, en este sentido, que en las frecuentes alusiones de Primo de Rivera al carácter «romántico» y de heredero de la Revolución francesa del nazismo hubiera una crítica larvada a las concepciones de Ledesma.

Eran, con todo, dos concepciones del fascismo que, con mayores o menores contradicciones, hubieran podido, tal vez, coexistir en una misma organización en condiciones más favorables. Sucedió, sin embargo, que las de la España republicana no lo eran. Y ante las evidentes dificultades que el fascismo español encontraba en su desarrollo, las posiciones respectivas se radicalizaron hasta conducir a la escisión.

De alguna manera, tal radicalización de las respectivas posiciones indicaba una toma de conciencia de la naturaleza de las resistencias encontradas: Primo de Rivera pareció advertir que las clases medias sintonizaban con los contenidos renovadores y anti-Antiguo Régimen de la República y buscó su espacio político en la adopción de tales elementos; completándolos con una propaganda machacona —a la que se suponía que tales sectores sociales debían ser muy sensibles— sobre la inevitabilidad de la revolución socialista; y asumiendo la necesidad de la realización de una reforma agraria al objeto de ganarse la adhesión de amplios sectores del campesinado. Que tal política pudiera favorecer, más que contrarrestar, a corto plazo el aislamiento político de la organización y dificultar —por falta de medios eco-

(69) Cfr. *Textos...*, op. cit., pág. 189.

(70) *Ibidem*, págs. 229, 421-422, 669.

nómicos— la acción del partido de cara a las masas es algo que, por lo demás, resultaba congenial a la concepción elitista de Primo de Rivera.

Ledesma, por el contrario, quiso ver en la insuficiente aplicación de sus presupuestos esenciales —apelación a las masas, obrerismo, irracionalismo y violencia— la razón del fracaso. Y estaba dispuesto, en consecuencia, a pagar en términos de supeditación política el apoyo económico que precisaba para realizar aquella política.

La crisis de la organización falangista en los momentos finales de 1934 implicaba, a la vez, a las tres tendencias fundamentales existentes en su seno y a las organizaciones derechistas, que hasta entonces habían tenido una influencia externa —a través de pactos y subvenciones económicas— e interna —militantes reaccionarios de fidelidad predominantemente monárquica—. Lo que en dicha crisis se planteaba era, pues, en buena parte, un problema de relación entre el grupo fascista y uno de los más importantes grupos «fascistizados» del país.

Descomponiéndolo en sus dos elementos fundamentales, tal problema se manifestaba, por una parte, en la exasperación de significados militantes falangistas por el escaso desarrollo alcanzado por la organización y, por otra, en el intento por parte de los monárquicos de conseguir una supeditación absoluta de FE de las JONS a sus iniciativas políticas.

En lo que se refiere a las causas del fracaso —tal y como se presentaba a finales de 1934— del partido fascista español, es conveniente hacer, para mejor determinarlas, dos precisiones: en primer lugar, el hecho de que hasta el momento de su fusión con Falange, Ledesma había dispuesto de casi tres años, el último de ellos coincidiendo con las grandes perspectivas que para el desarrollo del fascismo abrió la subida de Hitler al poder, sin que los resultados obtenidos pudieran calificarse sino de mediocres. Es más, las JONS hicieron ostentosa demostración de incapacidad para utilizar la violencia en forma sistemática y rentable, así como para penetrar en los medios obreros. Es decir, de las dos deficiencias esenciales que luego reprocharían al liderazgo de Primo de Rivera (71).

Por otra parte, no puede hablarse de la ausencia de un entorno político adecuado. Un proceso de fascistización de cierta envergadura se dio en la

(71) Un informe del embajador italiano de mayo de 1933, referido a las JONS, es bastante explícito al respecto: por ahora la acción de las «JONS, aparte de la propaganda intelectual, se desarrolla en los numerosos conflictos estudiantiles... No toma parte activa en los conflictos sociales, no osa hacer frente a las organizaciones obreras socialistas y comunistas, ni emprender ninguna contraofensiva frente a las organizaciones terroristas anarquistas o comunistas-libertarias» (citado en I. SAZ: *Falange e...*, op. cit., pág. 245).

España de los años treinta. No había prácticamente ninguna fuerza de la derecha que no estuviera, en mayor o menor grado, fascistizada; y entre esas mismas fuerzas no faltaron las que estuvieron dispuestas durante un período de tiempo relativamente amplio a apoyar y asistir al partido fascista español. Otro tanto puede decirse, pero es en buena parte lo mismo, de los sectores industriales y financieros del país. Jiménez Campo ha diferenciado entre dos momentos en la actitud política de dichos sectores económicos: uno en el que se pretendería «instrumentar el fascismo como punta de lanza en el conflicto de hegemonía, al margen del aprovechamiento de sus virtualidades contrarrevolucionarias», y otro, en el contexto ya de un abierto «conflicto de dominación», en el que las preocupaciones de la burguesía española serían estrictamente defensivas, que dejaba poco lugar para una política diferenciada y en muchos aspectos «radical» como la del fascismo español (72).

Tal análisis se resiente, en nuestra opinión, de una visión del fascismo en la que prima su carácter «instrumental» respecto de determinados sectores de la burguesía sobre el carácter autónomo de ese mismo fascismo. Antes, en efecto, que instrumento de un sector de la burguesía en los conflictos de hegemonía y/o dominación, el fascismo es una fuerza autónoma que cuenta con bases sociales propias: la pequeña burguesía. A partir de ahí, su colusión con los sectores industriales y financieros del país en cuestión es necesaria, hasta el punto de que sin su colaboración es imposible el acceso al poder. Pero esa colaboración es *siempre* contradictoria. Una cosa es que el fascismo en el poder tenga que defender necesariamente los intereses de una fracción de la burguesía y, a través de ella, de la sociedad burguesa en su conjunto, y otra muy distinta que esté dispuesto a aceptar la sumisión política a esos sectores. La historia de los movimientos fascistas antes y después de su llegada al poder está llena de incidencias que demuestran cabalmente lo expuesto. En la fase previa a encaramarse en el poder, el fascismo necesita del apoyo —en la forma en que lo explica Kühnl— de la clase dominante, y ésta, a su vez, necesita del fascismo, bien para asegurar su dominación destruyendo la organización democrática en beneficio de una alternativa autoritaria, bien para defenderse o atacar a las organizaciones obreras, bien para ambas cosas a la vez. Lo que en realidad determinará el mayor o menor peso de uno u otro de los amigos-enemigos en la alianza será, en definitiva, la fuerza propia de que cada uno de ellos dispone.

En la España republicana lo que fracasa no es el proceso de fascistización, si como tal entendemos una creciente receptividad por parte de amplios sectores sociales de buena parte del ideario fascista y el apoyo a una solu-

(72) Cfr. *El fascismo en la...*, op. cit., págs. 195 y sigs.

ción de este tipo, siempre en función de sus propios intereses, por parte de sectores fundamentales del capital. Lo que fracasa en realidad es el partido fascista mismo. Y es ello lo que le colocará en unas condiciones de *neta inferioridad* respecto de sus aliados naturales. Una inferioridad que le situaría, a finales de 1934, ante la necesidad de optar entre dos soluciones igualmente dramáticas: o la supeditación casi absoluta o la ruptura. Tan es así, que los suministros económicos a FE de las JONS no se cortan porque sus antiguos financiadores hayan perdido todo tipo de interés en la existencia de una organización fascista, sino porque ésta se niega a integrarse en el «Bloque Nacional». En efecto, nadie pidió que cesase el discurso radical y obrerizante de los fascistas españoles. Como lo demuestra, sin más, el sobreentendido que parece estar en la base de la actitud del más radical e izquierdista de ellos: el Sotomayor firmante del manifiesto del «Bloque Nacional».

Pasada la crisis, Ledesma intentó infructuosamente poner en marcha nuevas aventuras; mientras que Primo de Rivera, líder indiscutido ya de la única organización fascista, concebía para ésta planes más o menos ambiciosos e irrealizables. Para su financiación recurriría ahora a Roma; para sus proyectos «insurreccionales», a los militares (73). A pesar de sus esfuerzos por desmarcarse de los monárquicos o por amagar una aparente neutralidad en las elecciones de febrero de 1936, Falange acabó siendo, sin más, en los meses sucesivos, la fuerza de choque de la reacción (74). Su suerte con Franco no sería mucho mejor.

Más oportunista y realista, o simplemente perspicaz, quien había sido el gran profeta del fascismo en nuestro país, Giménez Caballero, andaba ya preparándose para cantar las excelencias del nuevo «Caudillo». Tal vez porque, quien supo acompañar a Ledesma primero y a Primo de Rivera después, fue también el primero en descubrir sus límites. Quien supo, por fin, descubrir que para que hubiese fascismo en España, aunque sólo fuera una apariencia de tal, había que apostar por un «gran fascistizado».

(73) Cfr. S. ELLWOOD: *Op. cit.*, págs. 54-58.

(74) Cfr. I. SAZ: «De la conspiración a la intervención. Mussolini y el Alzamiento Nacional», en *Cuadernos de Trabajo de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma*, núm. 15, 1981, págs. 334-339.